

autorizar las interpretaciones, que un mayor espacio dedicado a la exploración de los diversos mecanismos discursivos empleados en la literatura (en el *Lazarillo*, ¿funciona el vino en el marco de la subversión del discurso religioso, ejemplificada por Gómez-Moriana con el pasaje del pan?; en el *Quijote*, ¿la conclusión es que subvierte discursos religiosos?).

¿Por qué seguir distinguiendo la narrativa como espacio privilegiado de la interdiscursividad (será que Bajtín reflexionó sobre la novela)? Si hay una “contaminación” del estilo de Góngora a partir de la publicación del *Polifemo* y de las *Soledades*, no sólo en poesía, sino en sermones, ¿eso no amerita una “lectura interdiscursiva”? ¿Por qué volver al *Lazarillo*, al *Quijote*, y no tomar una de las obras de Gracián (¿por “monológico”?) o de otro, para aplicarle esta metodología y ver si las hipótesis se sostienen, si se valida la interpretación de la cultura y de la historia?

Sólo el entusiasmo y el interés provocan preguntas, inquietan al lector. Este libro de sociocrítica se deja leer de varias maneras: es un repaso teórico bastante ecléctico, una invitación a abrir los estancos de la especialización, una vuelta a la picaresca desde otra perspectiva (para mí inquietante y renovadora) y, lo más importante, una apuesta por hacer de los estudios literarios un terreno multidisciplinario, fértil para entablar un diálogo con los colegas de otras áreas de conocimiento.

Ojalá la norma discursiva académica —caracterizada por su empleo, hoy hegemónico, de lenguaje especializado— deje de ocupar el sitio protagónico en obras como ésta, donde se denuncian las relaciones de poder: ¿qué sentido tiene dificultar la comunicación y reforzar la posición de poder del que “sabe” frente al “lego”?

GABRIELA LEAL

Drucaroff, Elsa, *Mijail Bajtín. La guerra de las culturas*, Almagesto, Buenos Aires, 1996 (Col. Perfiles 23).

La autora no declara en ninguna parte a quién dirige su libro; sin embargo, es obvio que busca llegar a un público no especializado, tal vez a estudiantes argentinos recién iniciados en la literatura; este

destino se manifiesta en la intención de hacer una presentación introductoria de los grandes temas que ocuparon a Mijaíl Bajtín o, en otras palabras, una reseña explicativa de los principales ejes alrededor de los cuales se teje el pensamiento del filósofo ruso, al tiempo que despliega una serie de referencias de carácter local, casi doméstico, para ilustrar la exposición teórica.

Al leer el libro, inevitablemente, se erige una pregunta fundamental: ¿tiene sentido "contarles" a los estudiantes algunas de las propuestas teóricas y de las reflexiones filosóficas de Bajtín? Si se responde que sí, todavía quedan dudas por resolver: ¿para qué? ¿qué y cómo se le cuenta?

Drucaroff organizó su libro en los siguientes apartados:

1. Una vida atravesada por la historia (Cronología personal y cronología histórica).
2. Una teoría del lenguaje.
3. Una teoría de la ideología.
4. Un teórico de la literatura.
5. Sobre el autor y el personaje: una teoría de las relaciones humanas.
6. Una teoría de los diálogos.
7. Mucho más que una teoría de la novela.
8. Una historia de la literatura.

Ya la mera enunciación de los capítulos que integran el libro anuncia el problema de la fragmentación. La complejidad y la vastedad de los problemas analizados por Bajtín hacen, de entrada, sumamente difícil una exposición organizada de su pensamiento, sin caer en demasiadas simplificaciones, omisiones imperdonables o, de plano, en desvirtuaciones de sus ideas. Estos riesgos, entonces, abren otra pregunta: ¿cuál es la pertinencia y la posibilidad real de pretender abarcar en unas cuantas páginas los grandes temas que ocuparon al filósofo?

La autora decide que es factible y pertinente emprender la labor de dejar en el lector una idea más o menos completa de la vida de Bajtín, de los tópicos que le interesaron, de las formulaciones que hizo en algunas áreas del saber humano, de sus equivocaciones y de su trascendencia. A este fin generalizador sacrifica profundidad y problematizaciones virtuales.

En la exposición de los temas predomina un tono pedagógico que no es en sí mismo criticable, pero en el afán de ser clara, de resolver dudas, pierde de vista su objeto de estudio y dedica mucho espacio para exponer información elemental de, por ejemplo, la teoría lingüística de Saussure o de los formalistas rusos. Los recursos didácticos que frecuentemente emplea son elementales: un lector más o menos informado corre el riesgo de perder la paciencia al toparse con explicaciones sobre el sistema en el que se basa el juego del ajedrez, para ilustrar el funcionamiento de oposiciones y diferencias del signo lingüístico según Saussure.

Es muy común que los académicos, interesados en explicar con suma claridad algún problema, "traduzcan" los planteamientos de un autor a los términos de otro, ejercicio siempre riesgoso y frecuentemente poco afortunado; este es el caso del libro de Drucaroff, quien, con sorprendente asiduidad, recurre a categorías y explicaciones de otros autores para presentar con claridad el pensamiento de Bajtín, de tal suerte que a veces parece estar intentando exponer la propuesta lingüística de, por ejemplo, Benveniste o los desarrollos sociológicos de Williams. Difícilmente será legítimo expresar en una frase de Barthes lo que Bajtín expuso desde otra perspectiva, desde otro horizonte filosófico.

Cuando Drucaroff intenta exponer la teoría del lenguaje de Bajtín/Voloshinov, equivoca el punto de partida y presenta ideas distorsionadas: al afirmar que queda atrapado en la oposición saussuriana de lengua/habla, insistiendo en que Saussure fue el padre de Bajtín, "Bajtín y los suyos han sido de sus hijos más brillantes" (p. 34), pierde totalmente los fundamentos de la filosofía del lenguaje propuesta por Bajtín, quien partió, precisamente, del rechazo a la dicotomía establecida por Saussure.

Al parecer, la autora se echó a cuestras la ardua tarea de reconciliar los postulados de los formalistas rusos y los posteriores desarrollos estructuralistas con la perspectiva de Bajtín, de ahí que, constantemente, esté poniendo juntas estas propuestas e, incluso, parecería que ve a Bajtín sólo en relación con los formalistas:

Es decir que por caminos opuestos, el grupo Bajtín no consigue invalidar un postulado formalista que fue fuertemente

revolucionario en su época: el que se refiere a la importancia de pensar el lenguaje para pensar la literatura, el que provocativamente se niega a estudiar el arte desde la estética...(p. 63).

Indudablemente Bajtín conoció muy de cerca la teoría formalista, más aún, puede afirmarse que adoptó algunos de sus conceptos, pero es irresponsable decir que partió del mismo punto y borrar así la frontera ideológica entre ellos, frontera que deviene en una radical diferencia en sus concepciones lingüísticas y estéticas. Si no se entiende que Bajtín superó la metodología lingüística en el estudio literario, no se entenderá su perspectiva sobre la literatura y la radical transformación que implica su propuesta para la teorización y la historización de lo literario.

Si bien frecuentemente alude a Bajtín como filósofo, la autora olvida ubicar los planteamientos de éste en el marco de la visión filosófica amplia desde la que partía, de tal forma que muchos de los desarrollos de Bajtín aparecen como casualidades, hallazgos casi fortuitos, aun inconscientes. En esta pérdida de perspectiva no queda claro el sentido de la reflexión sobre el carácter social e ideológico del enunciado y todas las consecuencias que tuvo este principio:

La teoría del signo voloshinoviana y la noción de género discursivo son instrumentos decisivos para la propaganda de ideas y para contribuir a la construcción de seres críticos, pensantes y revolucionarios (p. 43).

Es éste un enunciado con pretensiones explicativas y abarcadoras, pero no es claro cómo se hallan juntas la propaganda con la construcción de seres críticos, pensantes y revolucionarios.

Para explicar dónde radica lo estético de un texto literario, Druca-roff acude a exponer la teoría de los implícitos, propuesta por la pragmática, para llegar a pensar la literatura como "condensadora de evaluaciones sociales no expresadas" (p. 71); sin embargo, con esta estrategia explicativa estamos una vez más de vuelta en la atomización en el estudio de las artes, al centrar el problema en el lenguaje y cancelar así toda la complejidad que lo estético abarcaba en Bajtín: actividad que implica orientación volitivo-emocional en relación con lo ético y lo cognitivo.

En ciertos momentos, parece que a la autora se le olvida que Bajtín fue mucho más allá de los descubrimientos estructuralistas, porque su punto de partida fue otro y porque buscaba cosas diferentes en el estudio literario; por ejemplo, Bajtín no quería llegar a desentrañar las estrategias narrativas en sí, describiendo los diferentes tipos de narradores, ni aspiraba a descubrir las relaciones estructurales de un determinado texto narrativo, como pretende plantear Drucaroff, al emprender una revisión de estos elementos (pp. 96-102).

Hay en Bajtín una serie de nociones y categorías clave sobre las que elabora la teoría del funcionamiento de los lenguajes sociales y del lenguaje en la novela, a las que el autor no les da un perfil absoluto, sino que se van definiendo a lo largo de su obra, tales como dialogismo, plurilingüismo, heteroglosia, novela monológica, novela polifónica; sin embargo, bajo la mirada de Drucaroff muchas de estas categorías aparecen reducidas y simplificadas en definiciones cerradas, a tal grado que, a veces, sufren graves alteraciones, como es el caso de polifonía: "técnica de construcción de una novela o de un relato donde el acto de habla dialógico busca desplegarse en sus máximas posibilidades" (p. 119).

La noción de polifonía pierde en las manos de Drucaroff toda potencialidad explicativa, al quedar reducida al nivel de mera técnica, y más aún cuando habla de un relato monológico de tesis ("Lázaro" de Elías Castelnuovo) que emplea "recursos polifónicos", entre los que cita la intertextualidad (pp. 124-125). Muy lejos ha quedado la elaboración bajtiniana para dar cuenta del tipo de novela creada por Dostoievski.

En los dos últimos capítulos del libro se acumulan afirmaciones interpretativas muy discutibles sobre la concepción bajtiniana de la novela y de la historia literaria: Bajtín aparece como defensor del realismo, a lo cual se liga la idea de reflejo, como resultado, tal vez, de una mala lectura de los textos de Bajtín donde habla sobre el trabajo artístico al que se someten los lenguajes sociales en la novela para crear una "imagen" de la palabra. El importante ensayo de poética histórica queda vaciado de su significación cuando la autora afirma que Bajtín tenía una idea despectiva de la tradición y le atribuye una rudimentaria concepción evolutiva de la literatura. ¿Dónde queda el trabajo sobre las líneas estilísticas en las que se ha desarro-

llado la novela europea? ¿Dónde el estudio histórico de las formas en las que se ha representado en la novela la pluralidad social discursiva? ¿Dónde el claro deslinde que estableciera Bajtín entre novela y epopeya, si con tanta facilidad se asimila su pensamiento teórico a las ideas lukacsianas?

Los textos de Bajtín constituyen una compleja red de sugerencias para replantear concepciones, para reformular certezas, para volver a leer la historia literaria desde otras perspectivas, para repensarnos de una nueva manera; así, vale la pena reflexionar en la propuesta filosófica, ética y estética de Bajtín: hay en el libro de Drucaroff algunos apuntes, algunas observaciones en esta dirección, por ejemplo, es importante recuperar su énfasis en la necesidad de asumir una postura responsable en la práctica literaria, ante el relativismo subjetivo que se manifiesta en “el festejo postmoderno de «la muerte de las ideologías»” (p. 57).

La revisión de los planteamientos de Bajtín también debe ser productiva para pensar algunos problemas literarios y culturales de nuestro ámbito; en este punto, la autora pudo haber ganado en profundidad si hubiera dedicado más espacio para revisar el fenómeno del *best-seller* o pensar en el arte panfletario, temas que sólo sugiere y deja en el nivel de apunte. En una nota al pie de página expresa un interesante problema que, de haber sido desarrollado, le hubiera dado más vitalidad y sentido al libro, a la vez que hubiera podido abrir un debate ya necesario: la crítica a algunos escritores contemporáneos que sólo se orientan hacia la literatura y dejan de lado la vida, con lo que sólo consiguen “una aburrida letra muerta” (p. 110). Las ideas sugerentes que, indudablemente, contiene el libro, tal vez hallen su cauce en otro momento.

MARTHA ELENA MUNGUÍA ZATARAIN